

PRIMERA LECTURA

No era posible que la muerte
tuviera dominio sobre Él

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro poniéndose de pie con los Once, levantó la voz y dijo:

«Hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén, presten atención, porque voy a explicarles lo que ha sucedido. Israelitas, escuchen:

A Jesús de Nazaret, el hombre que Dios acreditó ante ustedes realizando por su intermedio los milagros, prodigios y signos que todos conocen, a ese hombre que había sido entregado conforme al plan y a la previsión de Dios, ustedes lo hicieron morir, clavándolo en la cruz por medio de los infieles. Pero Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte, porque no era posible que ella tuviera dominio sobre Él.

En efecto, refiriéndose a él, dijo David: Veía sin cesar al Señor delante de mí, porque él está a mi derecha para que yo no vacile. Por eso se alegra mi corazón y mi lengua canta llena de gozo. También mi cuerpo descansará en la esperanza, porque tú no entregarás mi alma al Abismo, ni dejarás que tu servidor sufra la corrupción. Tú me has hecho conocer los caminos de la vida y me llenarás de gozo en tu presencia.

Hermanos, permítanme decirles con toda franqueza que el patriarca David murió y fue sepultado, y su tumba se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como él era profeta, sabía que Dios le había jurado que un descendiente suyo se sentaría en su trono. Por eso previó y anunció la resurrección del Mesías, cuando dijo que no fue entregado al Abismo ni su cuerpo sufrió la corrupción. A este Jesús, Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos. Exaltado por el poder de Dios, él recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen.»

Palabra de Dios.

SALMO Sal 15, 1-2a. 5. 7-11

R. Señor, me harás conocer el camino de la vida.

O bien:

Aleluia.

Protégeme, Dios mío, porque me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Señor, tú eres mi bien.»

El Señor es la parte de mi herencia y mi cáliz,
¡tú decides mi suerte! **R.**

Bendeciré al Señor que me aconseja,

¡hasta de noche me instruye mi conciencia!

Tengo siempre presente al Señor:

él está a mi lado, nunca vacilaré. **R.**

Por eso mi corazón se alegra, se regocijan mis entrañas
y todo mi ser descansa seguro:
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás que tu amigo vea el sepulcro. **R.**

Me harás conocer el camino de la vida,
saciándome de gozo en tu presencia,
de felicidad eterna
a tu derecha. **R.**

SEGUNDA LECTURA

Ustedes fueron rescatados con la sangre preciosa de Cristo,
el Cordero sin mancha

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 1, 17-21

Queridos hermanos:

Ya que ustedes llaman Padre a Aquél que, sin hacer acepción de personas, juzga a cada uno según sus obras, vivan en el temor mientras están de paso en este mundo.

Ustedes saben que «fueron rescatados» de la vana conducta heredada de sus padres, no con bienes corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el Cordero sin mancha y sin defecto, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos para bien de ustedes.

Por él, ustedes creen en Dios, que lo ha resucitado y lo ha glorificado, de manera que la fe y la esperanza de ustedes estén puestas en Dios.

Palabra de Dios.

ALELUIA Cf. Lc 24, 32

Aleluia.

Señor Jesús, explícanos las Escrituras.

Haz que arda nuestro corazón mientras nos hablas.

Aleluia.

EVANGELIO

Lo reconocieron al partir el pan

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 24, 13-35

El primer día de la semana, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido.

Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. El les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?»

Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!»

«¿Qué cosa?», les preguntó.

Ellos respondieron: «Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que están con nosotros nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro y al no hallar el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles, asegurándoles que él está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron.»

Jesús les dijo: «¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él.

Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba.»

El entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista.

Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: «Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!»

Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

----- Exégesis-----

José María Solé – Roma, C.F.M.

HECHOS 2, 14. 22-28:

En este primer Discurso público de Pedro, del cual Lucas nos conserva este esquema, se insiste en demostrar cómo la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo estaban preanunciadas en las Escrituras. El Mesías Glorificado nos envía el Espíritu Santo y así consuma su Obra Salvífica:

— Ante todo, Pedro les recuerda las profecías de Joel que anunciaban una nueva era; era de Espíritu, era de paz, gracia y vida divina; era de Salvación para todos. Esta era la ha traído Jesús y de modo sensible y maravilloso se está iniciando aquella mañana de Pentecostés (14-22).

— Esta era de gracia y de Espíritu Santo sólo podemos gozarla tras la liberación y redención de la esclavitud del pecado que arrastramos todos los hijos de Adán. De ahí la necesidad de un Redentor y de una Redención. El Redentor ha sido Jesús, y la Redención, su Cruz. Más que la malicia de los judíos, ha sido un plan del Amor Salvífico de Dios (23) el que ha puesto a Jesús en la Cruz. La Cruz es la expiación que exigían nuestros pecados. El Mesías-Redentor, al precio de su sangre y de su vida, nos ha redimido a todos: judíos y gentiles.

— Pero las cadenas de la muerte no podían señorear al Redentor. Si le hubieran señoreado se vería claro que era un vencido como nosotros y no nuestro Redentor. Mas la Resurrección gloriosa a Vida inmortal a la diestra del Padre muestra claramente que Jesús-Mesías ha vencido al pecado y a la muerte. Y también esta victoria estaba profetizada. Pedro cita el Salmo 16, 8-11. El salmista David dice tales cosas que en modo alguno pueden aplicarse a su persona: «No abandonarás mi alma en el Ades; no consentirás que tu Santo vea la corrupción; me darás a conocer las sendas de la vida.» David murió y su alma descendió al Ades y su sepulcro testifica su corrupción; David no conoce las sendas de la vida. Estas ricas Promesas las decía con visión profética del Mesías de quien sabía debía ser hijo suyo. El Mesías-Jesús, sí, es el «Santo» de Dios; el Mesías-Jesús, sí, salió incorrupto del Sepulcro. El Mesías-Jesús, sí, conoce los caminos de la vida; el Mesías-Jesús, sí, ve el rostro del Padre (25-28). Ahora, en la victoria de Cristo vencemos también nosotros a la muerte. Abierto por Él el camino de la Vida, vamos también nosotros a la Vida siguiendo sus pasos. Como Él y por Él seremos resucitados. La Redención no es un mero recuerdo. La Eucaristía es a la vez «Memorial» y «Acción Salvífica».

1 PEDRO 1, 17-21:

Los exegetas consideran esta exhortación un recuerdo de la Liturgia Bautismal. A los que iba a recibir el Bautismo se les hacían estas llamadas urgentes a una vida santa:

— El cristiano es un peregrino camino de la Patria (7). Este destino trascendente de la vida orienta los pasos del caminante y le da acierto en la valorización de personas, cosas y acontecimientos. Sabemos asimismo que al término de la peregrinación Dios-Juez dará a cada uno según sus obras (17).

— El cristiano es un redimido. Y un redimido no a precio de oro o plata. Es Cristo, Cordero que ha cargado sobre Sí todos los pecados del mundo, quien, al precio de su propia sangre inmaculada y de su vida inocente, nos ha rescatado a todos (18). Nuestra configuración con Cristo no sería perfecta si nos faltara el sufrimiento. Debemos compartir su pasión y su gloria, su cruz y su reino, su muerte y su Vida. Y debemos con nuestro dolor completar en nosotros la Pasión de Cristo a favor de su Iglesia. «El cristiano que sufre no es un miembro inerte o un peso negativo; es un miembro activo. Es uno que, como Cristo, padece por nosotros; es un bienhechor de los hermanos; es uno que ayuda a la salvación» (Paulo VI: 30-VIII-1967).

Participar en la Eucaristía es incorporarnos al Crucificado. Y según esta medida somos ahora santificados y seremos luego glorificados.

— El cristiano es un predestinado a la gloria. Cristo-Redentor goza ya la gloria del Padre. La que el Padre *abaeterno* preparó para el Hijo Encarnado Redentor. En la misma predestinación gloriosa entramos nosotros en Cristo y por Cristo. Vivamos, pues, cual nos exige nuestra fe y nuestra esperanza: Fe y esperanza en Aquel: *Qui pro nobis offerre non desinit, nosque apud Te perenniadvocatione defendit: Qui immolatus jam non moritur, sed semper vivit occisus.* (Praef.)

LUCAS 24, 13-15:

Es riquísima y emocionante esta aparición del Resucitado a los dos Discípulos de Emaús:

— Emaús dista unos 160 estadios (= 29 Km) de Jerusalén. Jesús se hace encontradizo con aquellos peregrinos. Va Jesús con ellos y ellos le ignoran. Es una lección para cuantos vivimos la etapa de peregrinos de la fe. Aunque no lo veamos, nunca debemos olvidar que no andamos solos. Desde que Jesús está glorificado no queda ya sujeto a las leyes físicas del espacio y del tiempo. Las trasciende con su virtud divina. Al estar en el cielo no deja de estar con nosotros.

— En Lucas como en Juan, Jesús Resucitado que se aparece, no es conocido sino por sus palabras o signos. Es que el Cuerpo glorificado, bien que idéntico al que bajó al Sepulcro, tiene otro estado que modifica su forma externa y le libra de las leyes de los cuerpos mortales. Y sólo unos ojos glorificados pueden ver en su estado a un Cuerpo glorificado. De ahí que la humanidad gloriosa de Cristo no es conocida de pronto. Los de Emaús no advierten que tienen ante sí al Maestro hasta que Este ejecuta un «signo» peculiar para revelarse: « ¡La Fracción del Pan! »

— Jesús en la larga conversación del viaje ha explicado a los desorientados discípulos el mesianismo de las Escrituras. El viaje ha sido, pues, una conquista. El Maestro sigue Ley, Profetas y Salmos (= Escritura) y les explica y expone cómo cuanto Él ha sufrido y cuanto en Él se ha realizado es plan previsto y preanunciado por los Profetas. Ellos van comprendiendo a medida que del plano de un Mesianismo terreno-político se elevan al de un Mesianismo espiritual y Redentor. Tras la Pasión el Mesías está ya en su Gloria (26). Y con esto, el Resucitado desaparece. Y ellos le ven ya a la luz de la fe.

— Retengamos como lecciones de este pasaje evangélico:

1. a) Cristo glorioso nos acompaña a los que aún peregrinamos camino de la Patria.
2. b) Debemos purificar nuestro «Mesianismo» de adherencias terrenales. Cristo nos redime del pecado con su cruz.
3. c) En el Sacramento de la «Fracción del Pan» se iluminan nuestros ojos y se vigoriza nuestro corazón. Es el Sacramento «viático» de los peregrinos.

San Juan Pablo II

Mane nobiscum, Domine

1. «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída» (cf. *Lc*24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. *ibíd.* 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos» (cf. *ibíd.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. El *icono de los discípulos de Emaús* viene bien para orientar un Año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Eucaristía. En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. *Mt* 28,20).

3. La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «pan vivo que ha bajado del cielo» (*Jn* 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste. (...).

(...)

«Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (*Lc*24,27)

11. El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: *¡La Eucaristía misterio de luz!* ¿En qué sentido puede decirse esto y qué implica para la espiritualidad y la vida cristiana?

Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*» por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublëv pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria.

12. La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas», cómo «toda la Escritura» lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen «arder» los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: «Quédate con nosotros, Señor» (cf. Lc 24,29).

13. Los Padres del Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, establecieron que la «mesa de la Palabra» abriera más ampliamente los tesoros de la Escritura a los fieles.^[9] Por eso permitieron que la Celebración litúrgica, especialmente las lecturas bíblicas, se hiciera en una lengua conocida por todos. Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.^[10] Al mismo tiempo, recomendaron encarecidamente la homilía como parte de la Liturgia misma, destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.^[11] Cuarenta años después del Concilio, el *Año de la Eucaristía* puede ser una buena ocasión para que las comunidades cristianas *hagan una revisión sobre este punto*. En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

«Lo reconocieron al partir el pan»(Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad *es él quien debe abrirse*

a las dimensiones del Misterio. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones».[12]

15. No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: «Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...» (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*. [13] En él Cristo nos presenta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su «memorial», como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto «escatológico» da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

«Yo estoy con vosotros todos los días»(Mt 28,20)

16. Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia «real»*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia —como explicó muy claramente el Papa Pablo VI— que se llama «real» no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre. [14] Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos —banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica— un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

Celebrar, adorar, contemplar

17. ¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*. Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la *Ordenación General del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los «signos» es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico. Los Pastores deben dedicarse a la *catequesis «mistagógica»*, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a

descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

18. Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse. A este respecto, las normas recuerdan —y yo mismo lo he recordado recientemente[15]— el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística. En una palabra, es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto.[16] La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 33 [34],9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo. Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes. El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía.[17]

Que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición.

(San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*, nº 1-3. 11-18)

----- Santos Padres -----

San Agustín

Los discípulos de Emaús

(Lc 24,13-35).

1. Durante estos días se lee la resurrección del Señor según los cuatro evangelistas. Es necesaria la lectura de todos, porque no todos lo contaron todo, sino que uno narró lo que el otro pasó por alto, y, en cierto modo, unos dejaron espacio a los otros para ser todos

necesarios. El evangelista Marcos, cuyo evangelio se leyó ayer, indicó brevemente lo que Lucas relató, con mayor abundancia de datos, sobre dos discípulos que ciertamente no pertenecían al grupo de los Doce, pero que eran, no obstante, discípulos. Cuando iban de camino, se les apareció el Señor y se puso a caminar con ellos. Marcos dijo solamente que se apareció a dos que iban de viaje; Lucas, en cambio, qué les preguntó, qué les replicó, hasta dónde caminó a su lado y cómo lo conocieron en la fracción del pan. De todo esto hizo mención, como acabamos de escuchar.

2. ¿Por qué nos detenemos en esto, hermanos? Aquí se construye el edificio de nuestra fe en la resurrección de Jesucristo. Creíamos ya cuando escuchamos el evangelio; creyendo ya, hemos entrado hoy en esta iglesia, y, sin embargo, no sé cómo, se escucha con gozo lo que refresca la memoria. ¿Cómo queréis que se alegre nuestro corazón cuando advertimos que somos mejores que aquellos que iban de viaje y a los que se les apareció el Señor! Creemos lo que ellos aún no creían.

Habían perdido la esperanza, mientras que nosotros no dudamos de lo que ellos sí. Una vez crucificado el Señor, habían perdido la esperanza; así resulta de sus palabras cuando él les dijo: *¿Cuál es el tema de conversación que os ocupa? ¿Por qué estáis tristes?* Ellos contestaron: *¿Sólo tú eres peregrino en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha acontecido?* Y él: *¿Qué?* Aun sabiendo todo lo referente a sí mismo, preguntaba, porque quería estar en ellos. *¿Qué?*, preguntó. Y ellos: *Lo de*

Jesús de Nazaret, que fue un varón profeta, poderoso en palabras y obras. Cómo lo crucificaron los jefes de los sacerdotes, y he aquí que han pasado ya tres días desde que todo esto sucedió. Nosotros esperábamos. Esperabais; ¿ya no esperáis? ¿A eso se reduce todo vuestro discipulado? Un ladrón en la cruz os ha superado: vosotros os habéis olvidado de quien os instruía; él reconoció a aquel con quien estaba colgado. Nosotros esperábamos. ¿Qué esperabais? Que él redimiría a Israel. La esperanza que teníais y que perdisteis cuando él fue crucificado, la conoció el ladrón en la cruz. Dice al Señor: Señor, ¡acuérdate de mí cuando llegues a tu reino! Ved que era él quien había de redimir a Israel. Aquella cruz era una escuela; en ella enseñó el Maestro al ladrón. El madero de un crucificado se convirtió en cátedra de un maestro. Quien se os entregó de nuevo, les devuelve la esperanza. Así se hizo. Recordad, amadísimos, cómo Jesús el Señor quiso que lo reconocieran en la fracción del pan aquellos que tenían los ojos enturbiados, que les impedían reconocerlo. Los fieles saben lo que estoy diciendo; conocen a Cristo en la fracción del pan. No cualquier pan se convierte en el cuerpo de Cristo, sino el que recibe la bendición de Cristo. Allí lo reconocieron ellos, se llenaron de gozo, y marcharon al encuentro de los otros; los encontraron conociendo ya la noticia; les narraron lo que habían visto, y entró a formar parte del evangelio. Lo que dijeron, lo que hicieron, todo se escribió y llegó hasta nosotros.

3. Creamos en Cristo crucificado, pero resucitado al tercer día. Esta fe, la fe por la que creemos que Cristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos y de los judíos. Dice el Apóstol a Timoteo: *Acuérdate que Jesucristo, de la estirpe de David, resucitó de entre los muertos, según mi evangelio.* Y el mismo Apóstol dice en otro lugar: *Pues, si crees en tu corazón que Jesús es el Señor y confiesas con tu boca que*

Dios lo resucitó de entre los muertos, sanarás. De esta salud hablé ayer. *Quien crea y se bautice sanará.* Sé que vosotros creéis; seréis sanados. Creed en vuestro corazón y profesad con la boca que Cristo resucitó de entre los muertos.

Pero sea vuestra fe la de los cristianos, no la de los demonios. Ved que os hago esta distinción; en cuanto está en mi poder, os la hago; os hago esta distinción en conformidad con la gracia que Dios me ha dado. Una vez que haya hecho la división, elegid y amad lo elegido. Yo dije: «Esta fe por la que creemos que Jesucristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos.» Pregunta a un pagano si fue crucificado Cristo. Te responde: «Ciertamente.» Pregúntale si resucitó, y te lo negará. Pregunta a un judío si fue crucificado Cristo, y te confesará el crimen de sus antepasados; confesará el crimen en el que él tiene su parte. En efecto, bebió lo que sus padres le dieron a beber: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Pregúntale, sin embargo, si resucitó de entre los muertos; lo negará, se reirá y te acusará. Somos diferentes. Creemos, pues, que Cristo, nacido de la estirpe de David según la carne, resucitó de entre los muertos. ¿Desconocieron, acaso, los demonios esto o no creyeron lo que incluso vieron? Aun antes de la resurrección gritaban y decían: *Sabemos quién eres, él Hijo de Dios.* Creyendo en la resurrección de Cristo, nos distinguimos de los paganos; distingámonos, si algo podemos, de los demonios. ¿Qué dijeron, os suplico, qué dijeron los demonios? *Sabemos quién eres: el Hijo de Dios.* Y escucharon: *Callad.* ¿No es lo mismo que dijo Pedro? Cuando les preguntó: *¿Quién dice la gente que soy?*, después que escuchó lo que opinaban las gentes de fuera, volvió a interrogarles, diciendo: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Respondió Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo.* Lo que dijeron los demonios, lo dijo Pedro; lo mismo dijeron los espíritus malignos que dijo el Apóstol. Pero los demonios escucharon: *Callad;* Pedro, en cambio: *Dichoso eres.* Distínganos a nosotros lo que los distinguía a ellos. ¿Qué movía a los demonios? El temor. ¿Y a Pedro? El amor. Elegid y amad. Es la fe también la que distingue a los cristianos de los demonios; pero no una fe cualquiera. Dice, en efecto, el apóstol Santiago: *Tú crees...* Lo que voy a decir se halla en la carta del apóstol Santiago:

Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien. También los demonios creen y tiemblan. Quien esto escribió había dicho en la misma carta: *Si uno tiene fe, pero no tiene obras, ¿puede, acaso, salvarle la fe?* Y el apóstol Pablo, marcando las diferencias, dice: *Ni la circuncisión ni el prepucio valen algo; sólo la fe que obra por la caridad.* Hemos establecido la separación y la distinción; mejor, hemos encontrado, leído y aprendido cuál es la distinción. Si nos distinguimos en la fe, distingámonos, de igual manera, en las costumbres y en las obras inflamándonos de la caridad, de que estaban privados los demonios. Ese es el fuego que hacía arder a aquellos dos por el camino.

Después de conocer a Cristo y, habiendo desaparecido él de su presencia, se decían el uno al otro: *¿No ardía nuestro corazón en el camino mientras nos explicaba las Escrituras?* Arded, pero no con el fuego que ha de quemar a los demonios. Arded en el fuego de la caridad para distinguiros de los demonios. Este ardor os empuja, os lleva hacia arriba, os levanta al cielo. Por muchas molestias que hayáis sufrido en la tierra, por mucho que el enemigo oprima y hunda el corazón cristiano, el ardor de la caridad se dirige a las alturas. Pongamos una comparación. Si tienes una antorcha encendida, ponla derecha: la llamase dirige hacia el cielo; inclínala hacia abajo: la llama sube en dirección al cielo; inviértela totalmente: ¿acaso se queda la llama en la tierra? Sea cual sea la dirección que tome la antorcha, la llama no conoce más que una: tiende hacia el cielo. Que el fuego de la caridad inflame vuestro espíritu y lo llene de ardor; hervid en alabanzas a Dios y en inmejorables

costumbres. Uno es ardiente, otro frío: que el ardiente encienda al frío y el que arde poco que desee arder más y suplique ayuda. El Señor está dispuesto a concederla; nosotros, con el corazón dilatado, deseemos recibirla.

SAN AGUSTÍN, *Sermones* (4º) (t. XXIV), Sermón 234, 1-3, BAC Madrid 1983, 413-18

----- Aplicación -----

Benedicto XVI

Las apariciones de Jesús en los Evangelios

Las apariciones de las que nos hablan los evangelistas son ostensiblemente de un género diferente. Por un lado, el Señor aparece como un hombre, como los otros hombres: camina con los discípulos de Emaús; deja que Tomás toque sus heridas; según Lucas, acepta incluso un trozo de pez asado para comer, para demostrar su verdadera corporeidad. Y, sin embargo, también según estos relatos, no es un hombre que simplemente ha vuelto a ser como era antes de la muerte.

Llama la atención ante todo que los discípulos no lo reconozcan en un primer momento. Esto sucede solamente con los dos de Emaús, sino también con María Magdalena y luego de nuevo junto al lago de Tiberíades: «Estaba ya amaneciendo cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús» (Jn 21,4). Solamente después de que el Señor les hubo mandado salir de nuevo a pescar, el discípulo tan amado lo reconoció: «Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: "Es el Señor"» (21,7). Es, por decirlo así, un reconocimiento desde dentro que, sin embargo, queda siempre envuelto en el misterio. En efecto, después de la pesca, cuando Jesús los invita a comer, seguía habiendo una cierta sensación de algo extraño. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor» (21,12). Lo sabían desde dentro, pero no por el aspecto de lo que veían y presenciaban.

El modo de aparecer corresponde a esta dialéctica del reconocer y no reconocer. Jesús llega a través de las puertas cerradas, y de improviso se presenta en medio de ellos. Y, del mismo modo, desaparece de repente, como al final del encuentro en Emaús. Él es plenamente corpóreo. Y, sin embargo, no está sujeto a las leyes de la corporeidad, a las leyes del espacio y del tiempo. En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad, entre verdadera corporeidad y libertad de las ataduras del cuerpo, se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa, de la nueva existencia del Resucitado. En efecto, ambas cosas son verdad: Él es el mismo —un hombre de carne y hueso— y es también el Nuevo, el que ha entrado en un género de existencia distinto.

La dialéctica que forma parte de la esencia del Resucitado es presentada en los relatos realmente con poca habilidad, y precisamente por eso dejan ver que son verídicos. Si se hubiera tenido que inventar la resurrección, se hubiera concentrado toda la insistencia en la plena corporeidad, en la posibilidad de reconocerlo inmediatamente y, además, se habría ideado tal vez un poder particular como signo distintivo del Resucitado. Pero en el

aspecto contradictorio de lo experimentado, que caracteriza todos los textos, en el misterioso conjunto de alteridad e identidad, se refleja un nuevo modo del encuentro, que apologeticamente parece bastante desconcertante, pero que justo por eso se revela también mayormente como descripción auténtica de la experiencia que se ha tenido.

(...)

Son importantes (...) dos acotaciones. Por una parte, Jesús no ha retornado a la existencia empírica, sometida a la ley de la muerte, sino que vive de modo nuevo en la comunión con Dios, sustraído para siempre a la muerte. Por otra parte —y también esto es importante— los encuentros con el Resucitado son diferentes de los acontecimientos interiores o de experiencias místicas: son encuentros reales con el Viviente que, en un modo nuevo, posee un cuerpo y permanece corpóreo. Lucas lo subraya con mucho énfasis: Jesús no es, como temieron en un primer momento los discípulos, un «fantasma», un «espíritu», sino que tiene «carne y huesos» (cf. Lc 24,36-43).

La diferencia con un fantasma, lo que es la aparición de un «espíritu» respecto a la aparición del Resucitado, se ve muy claramente en el relato bíblico sobre la nigromante de Endor que, por la insistencia de Saúl, evoca el espíritu de Samuel y lo hace subir del mundo de los muertos (cf. 1 S 28,7ss). El «espíritu» evocado es un muerto que, como una existencia-sombra, mora en los avernos; puede ser temporalmente llamado fuera, pero debe volver luego al mundo de los muertos.

Jesús, en cambio, no viene del mundo de los muertos —ese mundo que Él ha dejado ya definitivamente atrás—, sino al revés, viene precisamente del mundo de la pura vida, viene realmente de Dios, Él mismo como el Viviente que es, fuente de vida. Lucas destaca de manera drástica el contraste con un «espíritu», al decir que Jesús pidió algo de comer a los discípulos todavía perplejos y, luego, delante de sus ojos, comió un trozo de pez asado.

La mayoría de los exegetas opinan que Lucas, en su celo apologetico, ha exagerado aquí; con una afirmación como ésta, habría vuelto a poner a Jesús en una corporeidad empírica, que ha sido superada con la resurrección. De este modo, entraría en contradicción con su propio relato, según el cual Jesús se presenta de improviso en medio de los discípulos en una corporeidad que no está sometida a las leyes del espacio y el tiempo.

Pienso que es útil examinar aquí los otros tres pasajes en que se habla de la participación del Resucitado en una comida.

El texto antes comentado está precedido por la narración de Emaús. Ésta concluye diciendo que Jesús se sentó a la mesa con los discípulos, tomó el pan, recitó la bendición, lo partió y se lo dio a los dos. En aquel momento se les abrieron los ojos «y lo reconocieron. Pero Él desapareció» (Lc 24,31). El Señor está a la mesa con los suyos igual que antes, con la plegaria de bendición y la fracción del pan. Después desaparece de su vista externa y, justo en que desaparece se les abre la vista interior: lo reconocen. Es una verdadera

comuni3n de mesa y, sin embargo, es nueva. En el partir el pan él se manifiesta, pero s3lo al desaparecer se hace realmente reconocible.

Seg3n la estructura interior, estos dos relatos de comidas son muy parecidos al que encontramos en Juan 21,1-14: los discípulos han faenado toda la noche sin éxito; sus redes no han capturado ning3n pez. Por la mañana, Jes3s está en la orilla, pero no lo reconocen.  l les pregunta: «Muchachos,  ten is pescado?». Ante su respuesta negativa, les manda salir de nuevo a pescar, y esta vez vuelven con una pesca superabundante. Ahora, en cambio, Jes3s, que ya ha puesto pescado sobre las brasas, los invita: «Vamos, almorzad». Y entonces ellos «supieron» que era Jes3s.

El último pasaje particularmente importante y útil para comprender el modo en que el Resucitado participa en las comidas se encuentra en los Hechos de los Ap3stoles. Sin embargo, la singularidad de lo que se dice en este texto no se pone claramente de manifiesto en las traducciones corrientes. En la traducci3n alemana se dice: «... se les apareci3 durante cuarenta días y les habl3 del Reino de Dios. Mientras comía con ellos, les mand3 que no se fueran de Jerusalén...» (Hch 1,3s). A causa del punto después de la palabra «Reino de Dios» —una exigencia redaccional para construir la frase—, queda en penumbra una conexi3n interior. Lucas habla de tres elementos que caracterizan c3mo está el Resucitado con los suyos:  l se «apareci3», «habl3» y «comi3 con ellos». Aparecer-hablar-comer juntos: Éstas son las tres auto-manifestaciones del Resucitado, estrechamente relacionadas entre sí, con las cuales él se revela como el Viviente.

Para comprender correctamente el tercer elemento que, como los dos primeros, se extiende todo a lo largo de los «cuarenta días», es de capital importancia la palabra usada por Lucas: *synalizomenos*. Traducida literalmente, significa «comiendo con ellos sal». Indudablemente, Lucas ha elegido a prop3sito esta palabra.  Cu al es su significado? En el Antiguo Testamento el comer en com3n pan y sal, o también s3lo sal, sirve para sellar s3lidas alianzas (cf. Nm 18,19; 2 Cro 13,5; HauckThWNT, I, p. 229). La sal es considerada como garantía de durabilidad. Es remedio contra la putrefacci3n, contra la corrupci3n que forma parte de la naturaleza de la muerte. Cada vez que se toma alimento se combate contra la muerte; es un modo de conservar la vida. El «comer sal» de Jes3s después de la resurrecci3n, que de este modo se nos muestra como signo de la vida nueva y permanente, hace referencia al banquete nuevo del Resucitado con los suyos. Es un acontecimiento de alianza y, por ello, está en íntima conexi3n con la última Cena, en la cual el Señor había instituido la Nueva Alianza. Así, la clave misteriosa del «comer sal» expresa un vínculo interior entre la comida anterior a la Pasi3n de Jes3s y la nueva comuni3n de mesa del Resucitado: El se da a los suyos como alimento y así los hace partícipes de su vida, de la Vida misma.

Finalmente, conviene recordar aquí todavía algunas palabras de Jes3s que encontramos en el Evangelio de Marcos: «Todos serán salados a fuego. Buena es la sal; pero si la sal se vuelve sosa,  con qué la sazonar is? Repart is la sal y vivid en paz unos con otros» (9,49s). Algunos manuscritos, retomando Levítico 2,13, añaden además: «En todas tus ofrendas ofrecerás sal». El salar las ofrendas tenía también el sentido de dar sabor al don y de protegerlo de la putrefacci3n. Así se unen muchos sentidos: la renovaci3n de la alianza, el don de la vida, la purificaci3n del propio ser en funci3n de la entrega de s  a Dios.

Cuando, al principio de los Hechos de los Apóstoles, Lucas resume los acontecimientos postpascuales y describe la comunión de mesa del Resucitado con los suyos usando el término «synalizómenos, comiendo con ellos la sal» (Hch 1,4), no se disipa el misterio de esta nueva comunión entre los comensales, pero, por otro lado, se manifiesta al mismo tiempo su esencia: el Señor atrae de nuevo a sí a los discípulos en la comunión de la alianza consigo y con el Dios vivo. Los hace partícipes de la vida verdadera, los convierte en vivientes y sazona su vida con la participación en su pasión, en la fuerza purificadora de su sufrimiento.

No nos podemos imaginar cómo era concretamente la comunión de mesa con los suyos. Pero podemos reconocer su naturaleza interior y ver que en la comunión litúrgica, en la celebración de la Eucaristía, este estar a la mesa con el Resucitado continúa, aunque de modo diferente.

(Joseph Ratzinger- Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 2ª Parte, Ediciones Encuentro, Madrid, 2011, p. 308 – 316)

Carlos M. Buela, I.V.E.

El Verbo y la Biblia

En el Evangelio de hoy los discípulos de Emaús exclaman: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32). Nuestro Señor explica las Sagradas Escrituras y, de tal manera, que hace arder nuestros corazones. Él es el primer y sumo exégeta.

El celebrado exégeta P. Ignace de la Potterie, SJ, nos preguntaba el año pasado por qué razón enviábamos tantos sacerdotes a especializarse en Roma en exégesis bíblica. Por dos razones fundamentales: 1.ª Porque es uno de los campos minados donde trabaja a destajo Satanás, como lo decía el recordado von Hildebrands¹; y, 2.ª la razón de mayor peso, porque entendemos que forma parte de nuestro carisma fundacional ya que hay una muy profunda analogía entre el misterio de la encarnación y el misterio de la Palabra.

Nos vamos a referir a este último aspecto y la importancia que tiene para una auténtica interpretación de la Biblia. Usaremos libremente un hermoso discurso de Juan Pablo II².

I

La interpretación de los textos bíblicos «es de importancia capital para la fe cristiana y la vida de la Iglesia. ‘En los Libros Sagrados –como nos ha recordado muy bien el Concilio–, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida

y perenne de vida espiritual»³. El modo de interpretar los textos bíblicos para los hombres y las mujeres de nuestro tiempo tiene consecuencias directas para su relación personal y comunitaria con Dios, y también está ligado estrechamente a la misión de la Iglesia. Se trata de un problema vital... »⁴.

Refiriéndose a las dos grandes encíclicas bíblicas dice el Papa: «...ambas manifiestan la preocupación por responder a los ataques contra la interpretación católica de la Biblia, pero estos ataques no iban en la misma dirección. Por una parte, la ‘Providentissimus Deus’ quiere proteger la interpretación católica de la Biblia contra los ataques de la ciencia racionalista; por otra, la ‘Divino afflante Spiritu’ se preocupa más por defender la interpretación católica contra los ataques de quienes se oponen al empleo de la ciencia por parte de los exegetas y quieren imponer una interpretación no científica, llamada espiritual, de la Sagrada Escritura»⁵.

Es decir que, preferentemente, cada una de las dos encíclicas quieren defender la interpretación católica de los dos frentes por donde se la ataca: uno, el racionalismo bíblico, negador de lo milagroso y sobrenatural; el otro, el docetismo bíblico, negador de lo histórico y natural⁶.

«En los dos casos, la reacción del Magisterio fue significativa, pues, en lugar de limitarse a una respuesta puramente defensiva, fue al fondo del problema y manifestó así –observémoslo en seguida– la fe de la Iglesia en el misterio de la encarnación»⁷.

«La Iglesia no tiene miedo de la crítica científica. Sólo desconfía de las opiniones preconcebidas que pretenden fundarse en la ciencia, pero que, en realidad, hacen salir subrepticamente a la ciencia de su campo propio⁸, más aún es una gran arma tanto contra los racionalistas que a priori niegan lo sobrenatural, como contra los docetistas que niegan lo natural, como ser lo histórico, los géneros literarios, etc. «Comprobamos, pues, que a pesar de la gran diversidad de dificultades que tenían que afrontar, las dos encíclicas coinciden perfectamente en su nivel más profundo. Ambas rechazan la ruptura entre lo humano y lo divino, entre la investigación científica y la mirada de la fe, y entre el sentido literal y el sentido espiritual. Aparecen, por tanto, plenamente en armonía con el misterio de la encarnación»⁹.

II

De modo tal que es muy clara la armonía entre la exégesis católica y el misterio de la encarnación. Al respecto «La encíclica ‘Divino afflante Spiritu’ ha expresado el vínculo estrecho que une a los textos bíblicos inspirados con el misterio de la encarnación, con las siguientes palabras: «Al igual que la palabra sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todo, excepto en el pecado, así las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas, se han hecho en todo semejantes al lenguaje humano, excepto en el error»¹⁰. Recogida casi al pie de la letra por la constitución conciliar Dei Verbum¹¹, esta afirmación pone de relieve un paralelismo rico de significado»¹².

La inspiración bíblica fue un primer paso hacia el misterio del Verbo encarnado: «Es verdad que la puesta por escrito de las palabras de Dios, gracias al carisma de la inspiración escriturística, fue un primer paso hacia la encarnación del Verbo de Dios. En efecto,

estas palabras escritas representaban un medio estable de comunicación y comunión entre el pueblo elegido y su único Señor. Por otro lado, gracias al aspecto profético de estas palabras, fue posible reconocer el cumplimiento del designio de Dios, cuando «el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). Después de la glorificación celestial de la humanidad del Verbo hecho carne, también su paso entre nosotros queda testimoniado de manera estable gracias a las palabras escritas. Junto con los escritos inspirados de la primera alianza, los escritos inspirados de la nueva alianza constituyen un medio verificable de comunicación y comunión entre el pueblo creyente y Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este medio no puede, ciertamente, separarse del manantial de vida espiritual que brota del corazón de Jesús crucificado y se propaga gracias a los sacramentos de la Iglesia. Sin embargo, tiene su consistencia: la consistencia de un texto escrito, que merece crédito»¹³.

«En consecuencia, las dos encíclicas exigen que los exegetas católicos estén en plena armonía con el misterio de la encarnación, misterio de unión de lo divino y lo humano en una existencia histórica completamente determinada... La Iglesia de Cristo toma en serio el realismo de la encarnación, y por eso atribuye gran importancia al estudio histórico-crítico de la Biblia. Lejos de condenarlo, como querían los partidarios de la exégesis mística, mis predecesores lo aprobaron decididamente. «Cultiven los nuestros (es decir, los exegetas católicos), con nuestra vehemente aprobación, la disciplina del arte crítico, sin duda muy útil para percibir profundamente el pensamiento de los hagiógrafos»¹⁴. La misma vehemencia en la aprobación y el mismo adverbio (vehementer) se encuentran en la ‘Divino afflante Spiritu’¹⁵ a propósito de las investigaciones de crítica textual»¹⁶.

Es decir, que los Papas nos exhortan vehementemente a no descuidar en nada la exégesis científica: «La ‘Divino afflante Spiritu’, como es sabido, recomendó especialmente a los exegetas el estudio de los géneros literarios utilizados en los libros sagrados, llegando a decir que el exegeta católico debe «convencerse de que no puede descuidar esta parte de su misión sin gran menoscabo de la exégesis católica»¹⁷ ... Una idea falsa de Dios y de la encarnación lleva a algunos cristianos a tomar una orientación contraria. Tienden a creer que, siendo Dios el ser absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto, independiente de todos los condicionamientos del lenguaje humano. No conviene, según ellos, estudiar estos condicionamientos para hacer distinciones que relativizarían el alcance de las palabras. Pero eso equivale a engañarse y rechazar, en realidad, los misterios de la inspiración escriturística y de la encarnación, ateniéndose a una noción falsa del ser absoluto. El Dios de la Biblia no es un ser absoluto que, aplastando todo lo que toca, anula todas las diferencias y todos los matices. Es, más bien, el Dios creador, que ha creado la maravillosa variedad de los seres de cada especie, como dice y repite el relato del Génesis (cfr. Gn. 1). Lejos de anular las diferencias, Dios las respeta y valora (cfr. 1 Cor. 12, 18. 24. 28). Cuando se expresa en lenguaje humano, no da a cada expresión un valor uniforme, sino que emplea todos los matices posibles con una gran flexibilidad, aceptando también sus limitaciones. Esto hace que la tarea de los exegetas sea tan compleja, necesaria y apasionante. No puede descuidarse ningún aspecto del lenguaje. El progreso reciente de las investigaciones lingüísticas, literarias y hermenéuticas ha llevado a la exégesis bíblica a añadir al estudio de los géneros literarios otros puntos de vista (retórico, narrativo y estructuralista). Otras ciencias humanas, como la psicología y la sociología, también han dado su contribución. A todo esto puede aplicarse la consigna que León XII dio a los miembros de la Comisión Bíblica: «No consideren extraño a su campo de trabajo ninguno de los hallazgos de la investigación diligente de los modernos; por el contrario, estén atentos para poder adoptar sin demora todo lo útil que cada momento aporta a la

exégesis bíblica'18 . El estudio de los condicionamientos humanos de la palabra de Dios debe proseguir con interés renovado incesantemente»19 .

III

Pero advierten muy seriamente que nunca hay que olvidarse que no estamos frente a una palabra meramente humana, sino ante la Palabra de Dios que hace synkatábasis, es decir, se amolda a la palabra de los hombres y mujeres. Por eso: «Este estudio, sin embargo, no basta. Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia y de la inspiración de la Escritura, la exégesis católica debe estar atenta a no limitarse a los aspectos humanos de los textos bíblicos. Es necesario, sobre todo, ayudar al pueblo cristiano a captar más nítidamente la palabra de Dios en estos textos, de forma que los reciba mejor, para vivir plenamente en comunión con Dios. Para ello es preciso, desde luego, que el exegeta mismo capte la palabra de Dios en los textos, lo cual sólo es posible si su trabajo intelectual está sostenido por un impulso de vida espiritual.

Si carece de este apoyo, la investigación exegetica queda incompleta, pierde de vista su finalidad principal y se limita a tareas secundarias. Puede, incluso, transformarse en una especie de evasión. El estudio científico de los meros aspectos humanos de los textos puede hacer olvidar que la palabra de Dios invita a cada uno a salir de sí mismo para vivir en la fe y en la caridad.

La encíclica ‘Providentissimus Deus’ recuerda, a este respecto, el carácter particular de los libros sagrados y la exigencia que de ello deriva para su interpretación: «Los libros sagrados –afirma– no pueden equipararse a los escritos ordinarios, sino que, al haber sido dictados por el mismo Espíritu Santo y tener un contenido de suma importancia, misterioso y difícil en muchos aspectos, para comprenderlos y explicarlos, tenemos siempre necesidad de la venida del mismo Espíritu Santo, es decir, de su luz y su gracia, que es preciso pedir ciertamente con una oración humilde y conservar con una vida santa»20 . Con una fórmula más breve, tomada de san Agustín, la ‘Divino afflante Spiritu’ expresa esa misma exigencia: «Oren para entender»21.

Sí, para llegar a una interpretación plenamente válida de las palabras inspiradas por el Espíritu Santo, es necesario que el Espíritu Santo nos guíe; y para esto, es necesario orar, orar mucho, pedir en la oración la luz interior del Espíritu y aceptar dócilmente esta luz, pedir el amor, única realidad que nos hace capaces de comprender el lenguaje de Dios, que «es amor» (1 Jn. 4, 8. 16). Incluso durante el trabajo de interpretación, es imprescindible que nos mantengamos, lo más posible, en presencia de Dios»22.

IV

Para ello es absolutamente necesaria la fidelidad a la Iglesia: «La docilidad al Espíritu Santo produce y refuerza otra disposición, necesaria para la orientación correcta de la exégesis: la fidelidad a la Iglesia. El exegeta católico no alimenta el equívoco individualista de creer que, fuera de la comunidad de los creyentes, se pueden comprender mejor los textos bíblicos. Lo que es verdad es todo lo contrario, pues esos textos no han sido

dados a investigadores individuales «para satisfacer su curiosidad o proporcionarles temas de estudio y de investigación»²³ ; han sido confiados a la comunidad de los creyentes, a la Iglesia de Cristo, para alimentar su fe y guiar su vida de caridad. Respetar esta finalidad es condición para la validez de la interpretación. La 'Providentissimus Deus' recordó esta verdad fundamental y observó que, lejos de estorbar la investigación bíblica, respetar este dato favorece su progreso auténtico²⁴ ...ser fiel a la Iglesia significa situarse resueltamente en la corriente de la gran Tradición que, con la guía del Magisterio, que cuenta con la garantía de la asistencia especial del Espíritu Santo, ha reconocido los escritos canónicos como palabra dirigida por Dios a su pueblo, y jamás ha dejado de meditarlas y de descubrir su riqueza inagotable. También el Concilio Vaticano II lo ha afirmado: 'Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la palabra de Dios'²⁵ »²⁶.

V

Para ello los exégetas deben ser asiduos predicadores: «Para realizar mejor esta tarea eclesial tan importante, los exegetas se deben mantener cerca de la predicación de la palabra de Dios, ya sea dedicando una parte de su tiempo a este ministerio, ya sea relacionándose con quienes lo ejercen y ayudándoles con publicaciones de exégesis pastoral²⁷. Evitarán, así, perderse en los caminos de una investigación científica abstracta, que los alejaría del sentido verdadero de las Escrituras, pues este sentido no puede separarse de su finalidad, que consiste en poner a los creyentes en relación personal con Dios»²⁸.

VI

Queridos hermanos y hermanas:

Tengamos en cuenta que las desviaciones de la cultura occidental moderna dejan a muchos hombres y mujeres de hoy día, insensibles a la palabra de Dios, a causa de la secularización y de los excesos de la desmitologización, a causa del racionalismo y del fideísmo que niega el soporte negativo de la fe, del principio de inmanencia y de la sed por los nuevos mitos.

La gran tarea de la exégesis bíblica que, según distintas esferas de responsabilidad, afecta a todos y cada uno de los sacerdotes, más aún, a todos y cada uno de los bautizados: «Es uno de los aspectos de la inculturación de la fe, que forma parte de la misión de la Iglesia, en unión con la aceptación del misterio de la encarnación»²⁹.

Asumamos, una vez más, no sólo como individuos, sino como Congregación, nuestros compromisos en orden a un conocimiento y a una difusión más profunda del mensaje bíblico. Es un deber que no sólo brota de nuestra realidad de bautizados, no sólo de nuestra realidad de ministros de la Palabra, sino que es una exigencia insoslayable de lo que entendemos es nuestro carisma, dado que hay una relación tan íntima entre el Verbo encarnado y la Biblia. Por eso decía San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Jesucristo»³⁰.

Por eso el estudio de la filosofía ya que la inteligencia humana es el principal instrumento de la exégesis bíblica. Por eso el estudio de hebreo y griego, las lenguas originales, y el estudio del latín, lengua de la principal versión. Por eso las materias propedéuticas bíblicas y todas las otras materias, que hay que estudiar apasionadamente.

La gran joya que es la Misa se engarza, espléndidamente, en la Biblia, ya que «Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la liturgia de la palabra y la eucarística, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto³¹ ».

«Que Cristo Jesús, Verbo de Dios encarnado, que abrió la inteligencia de sus discípulos a la comprensión de la Escritura (Lc. 24,45), os guíe en vuestras investigaciones. Que la virgen María os sirva de modelo no sólo por su docilidad generosa a la palabra de Dios, sino también, en primer lugar, por su modo de recibir todo lo que se le dijo. San Lucas nos refiere que María meditaba en su corazón las palabras divinas y los acontecimientos que se producían, «*symballousa en té kardiaautés*» (Lc. 2, 19). Por su aceptación de la palabra, es modelo y madre de los discípulos (cf. Jn. 19, 27). Así pues, que ella os enseñe a aceptar plenamente la palabra de Dios en la investigación intelectual y en toda vuestra vida»³² .

NOTAS:

(1) Der Fels, Resensburg, junio 1975, p. 175; cit. en AV, La quimera del progresismo, CCC, Buenos Aires, 1981, p. 37.

(2) Este discurso fue pronunciado la mañana del viernes 23 de abril de 1993, durante una audiencia conmemorativa de los cien años de la encíclica «Providentissimus Deus» de León XIII y de los cincuenta años de la encíclica «Divino afflante Spiritu» de Pío XII, ambas dedicadas a los estudios bíblicos. El discurso puede verse en La interpretación de la Biblia en la Iglesia, San Pablo, Buenos Aires, 1993, 127 pp.; o en L'Osservatore Romano, 30 de abril de 1993, pp 5 y 6. El discurso fue pronunciado en francés.

(3) Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum, 21.

(4) Discurso..., 1.

(5) Ibidem, 3.

(6) Cf. nuestro artículo 'La exégesis y el vaciamiento de la Escritura', Mikael, 12, 1976, pp. 49-76.

(7) Discurso..., 4.

(8) Ibidem.

(9) Ibidem, 5.

(10) Enchiridion biblicum, 559.

(11) Discurso...,13.

(12) Ibidem, 6.

(13) Ibidem.

(14) Carta apostólica Vigilantiae, para la fundación de la Comisión Bíblica, 30 de octubre de 1902, Enchiridionbiblicum, 142.

(15) cf. Enchiridion biblicum, 548.

(16) Discurso... 7.

(17) Enchiridion biblicum, 560.

- (18) Vigilantiae, Enchiridion biblicum, 140.
- (19) Discurso... 8.
- (20) Enchiridion biblicum, 89.
- (21) Enchiridion biblicum, 569.
- (22) Discurso... 9.
- (23) Divino afflante Spiritu; Enchiridion biblicum, 566.
- (24) cfr. Enchiridion biblicum, 108-109.
- (25) Dei Verbum, 12.
- (26) Discurso..., 10.
- (27) cfr. Divino afflante Spiritu, Enchiridion bíblicum, 551.
- (28) Discurso..., 11.
- (29) Ibidem, 15.
- (30) Comentario a Isaías, Prólogo.
- (31) Sacrosanctum Concilium, 56.
- (32) Discurso..., 16.

Homilía predicada por el p. Carlos Miguel Buela, V.E., el 18 de abril de 1999, Domingo III de Pascua, a los seminaristas del Seminario 'María, Madre del Verbo Encarnado'

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este domingo —el tercero de Pascua— es el célebre relato llamado de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). En él se nos habla de dos seguidores de Cristo que, el día siguiente al sábado, es decir, el tercero desde su muerte, tristes y abatidos dejaron Jerusalén para dirigirse a una aldea poco distante, llamada precisamente Emaús. A lo largo del camino, se les unió Jesús resucitado, pero ellos no lo reconocieron. Sintiéndonos desconsolados, les explicó, basándose en las Escrituras, que el Mesías debía padecer y morir para entrar en su gloria. Después, entró con ellos en casa, se sentó a la mesa, bendijo el pan y lo partió. En ese momento lo reconocieron, pero él desapareció de su vista, dejándolos asombrados ante aquel pan partido, nuevo signo de su presencia. Los dos volvieron inmediatamente a Jerusalén y contaron a los demás discípulos lo que había sucedido.

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Hay diversas hipótesis, y esto es sugestivo, porque nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre. En nuestros caminos Jesús resucitado se hace compañero de viaje para reavivar en nuestro corazón el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna.

En la conversación de los discípulos con el peregrino desconocido impresiona la expresión que el evangelista san Lucas pone en los labios de uno de ellos: «Nosotros esperábamos...» (Lc 24, 21). Este verbo en pasado lo dice todo: Hemos creído, hemos seguido, hemos esperado..., pero ahora todo ha terminado. También Jesús de Nazaret, que se había manifestado como un profeta poderoso en obras y palabras, ha fracasado, y nosotros estamos decepcionados.

Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios.

También hoy podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por decirlo así, por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.

Este estupendo texto evangélico contiene ya la estructura de la santa misa: en la primera parte, la escucha de la Palabra a través de las sagradas Escrituras; en la segunda, la liturgia eucarística y la comunión con Cristo presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia, alimentándose en esta doble mesa, se edifica incesantemente y se renueva día tras día en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por intercesión de María santísima, oremos para que todo cristiano y toda comunidad, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, redescubra la gracia del encuentro transformador con el Señor resucitado.

Regina Coeli del Papa Benedicto XVI el domingo 6 de abril de 2008

----- Guion -----

Guion del Domingo III de Pascua- Ciclo A
23 de abril de 2023

Entrada:

Celebramos hoy el domingo tercero de Pascua. Hoy Jesucristo interpreta las Escrituras y parte el pan para nosotros. La Santa Eucaristía, que nos disponemos a celebrar ahora, es el lugar privilegiado donde reconocemos a Cristo resucitado.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura: *Hechos 2, 14. 22- 33*

Cristo, no sufrió la corrupción, sino que después de morir resucitó y fue exaltado por el poder de Dios. Esta es nuestra fe.

Salmo Responsorial: 15

Segunda Lectura: *1 Pedro 1, 17- 21*

Fuimos rescatados a precio muy alto: con la Sangre preciosa de Cristo, el Cordero sin mancha.

Evangelio: *Lucas 24, 13- 35*

Los discípulos de Emaús experimentan en la compañía de Cristo resucitado el consuelo divino que se nos da en la Escritura y en la Eucaristía.

Preces:

A Dios nuestro Padre que resucitó a Jesús de entre los muertos, presentémosle nuestra oración confiada.

A cada intención respondemos cantando.

* Por el Santo Padre y todos los obispos, para que por su predicación y su acción pastoral la Iglesia se renueve en la alegría que brota del misterio pascual. Oremos.

* Para que la paz de Cristo Resucitado se extienda a todas las naciones, especialmente las que desde hace décadas sufren dolorosos conflictos entre hermanos de una misma nación. Oremos.

* Por todos los cristianos que han vuelto al seno de la Santa Iglesia católica, para que la caridad de Cristo resucitado fortalezca los lazos de comunión especialmente con el sucesor de Pedro. Oremos...

* Por nuestra Patria, los que la gobiernan y por sus ciudadanos, para que fieles a las exigencias del Evangelio sepamos conducirnos según los valores cristianos. Oremos.

Atiende Padre bueno nuestra oración y ayúdanos a cumplir tu voluntad, para que el amor que nos mostraste en Jesucristo llegue a su plenitud. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

En la Eucaristía el Sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo.

Ofrecemos:

* **Alimentos**, y con ellos nuestro compromiso con toda obra de caridad y de misericordia para con los más necesitados.

* **Incienso**, y nuestras alabanzas a Cristo Nuestro Señor Resucitado.

* Las especies de **pan y vino**, para que en la consagración Cristo se ofrezca al Padre por la salvación de todos los hombres.

Comunión:

“Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día declina”. Quédate y aumenta en nosotros el deseo de permanecer junto a Ti.

Salida:

Con María vivamos el gozo de la Resurrección, haciendo propias las palabras del Magníficat que cantan el don inagotable de la misericordia divina.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

----- Ejemplos predicables -----